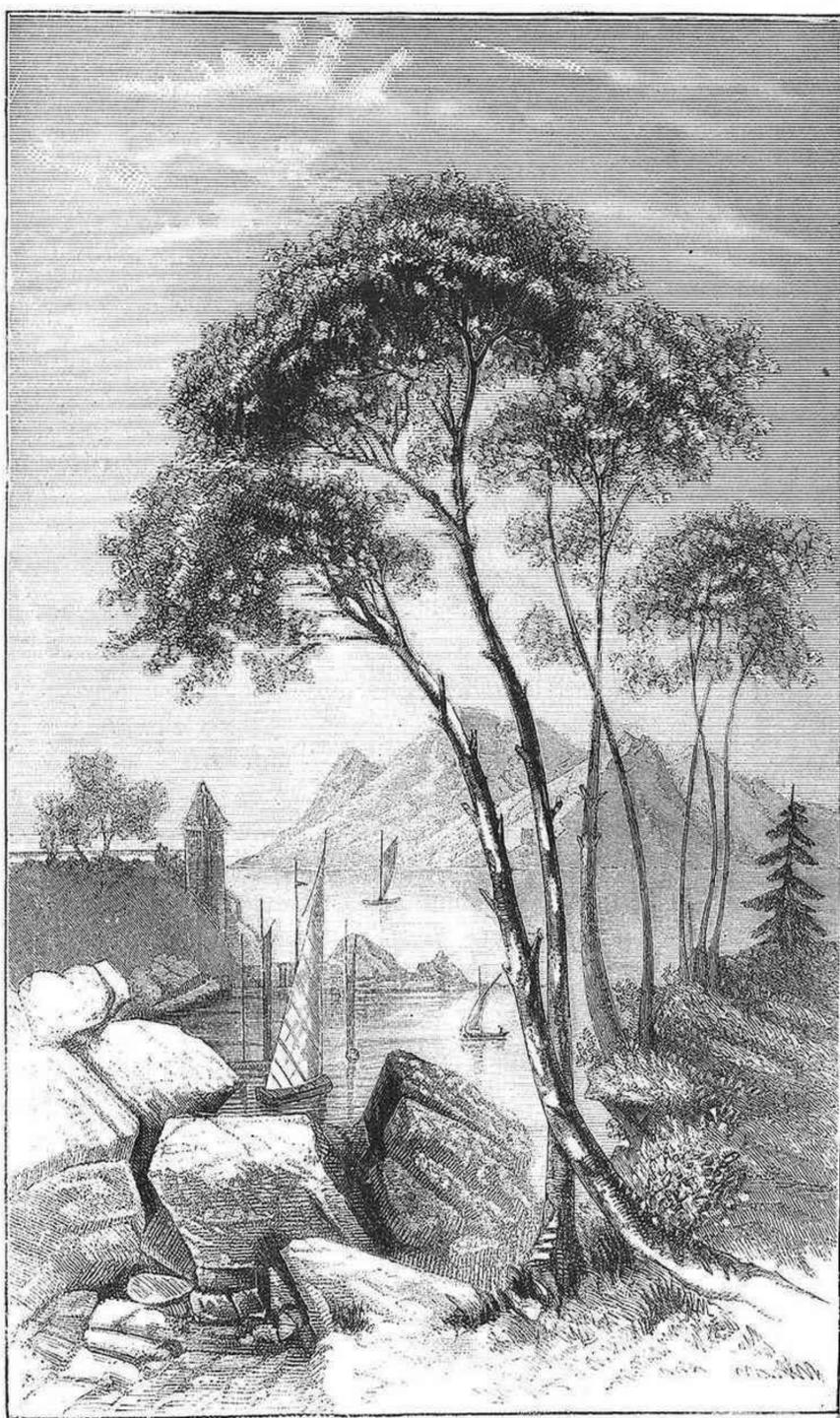


La Ilustración Nacional

Administracion: Almirante, 2, quintup.º

MADRID
20 de Noviembre de 1886.

Año VII.—Núm. 32.



LA BAHÍA TRANQUILA

SUMARIO

GRABADOS: La bahía tranquila.—Hamlet y los sepulcros (copia del cuadro de M. Dagnan Bouvret).—Belleza y gracia.—Bellas artes: abuso de amistad.—D. Manuel Gomez Marin, director general de lo Contencioso, y diputado á Córtes.—Prácticas del Batallon de Ingenieros telegrafistas.—Soldado ingeniero telegrafista transmitiendo con el aparato reglamentario.—Modas.

TEXTO: Crónica, por D. F. Serrano de la Pedrosa.—Hamlet y los sepulcros.—Belleza y gracia.—Abuso de amistad.—D. Manuel Gomez Marin.—Organizacion y servicios del Batallon de Telégrafos.—El viejo noble á Ginés el Bastardo (soneto), por D. J. Guillen Buzarán.—Adelfa: historia vulgar, por D. Carlos Cano.—El primer vuelo (poesía), por D. Cayetano de Alvear.—Nemi: arreglo del francés, por A. Ordax (continuacion).—A ella, por D. José Diaz Macias.—Las ocurrencias de Martinez, por D. Adolfo Llanos.—La mosca en la oreja: novela corta y lío grande (conclusion), por don J. Conde de Salazar.—Espectáculos, por Cantalero.—Anuncios.—Sobre cubierta, por D. E. del Palacio.—Modas: explicacion de los trajes.

CRONICA

Las generales simpatías de que goza la infanta doña Eulalia, han tenido ocasion de manifestarse recientemente con motivo de su alumbramiento.

Personas pertenecientes á todas las clases sociales han ido al hotel de la Castellana á enterarse del estado de salud de la augusta señora y de su hijo, atestiguando así el respetuoso cariño que profesan á la más jóven de las augustas hijas de doña Isabel II.

La redaccion de LA ILUSTRACION NACIONAL felicita respetuosa y fervientemente al infante D. Antonio y á la jóven madre, por tan gratísimo suceso.

No se puede decir que el invierno entrante tiene nada de sucio.

Desde la puerta viene ya soplando, lavando y barriendo con tal furia, que amenaza dejar la Europa como nueva.

Maneja el viento como los betuneros el cepillo, arrancando hasta los callos; echa los ríos sobre los pueblos, y los mares sobre las costas; en fin, más que invierno, es una fregona de las poquísimas que tienen decoro profesional y no saben manifestarlo de otro modo que con el cubo y la escoba.

Inundaciones en Inglaterra, en Francia, en Suiza, en Italia; en España, en el Círculo de la Izquierda: en todas partes.

Por supuesto que el continente no quedará limpio, y el mar quedará más sucio.

Y si no, véanse las mañanas de la familia humana en estos últimos días.

La escena representa un mercado.

En uno de los cajones destinados á la venta de la carne, y sentados detrás del mostrador, se ven un moceton fornido y una mujer jóven y muy gruesa.

Él se abriga con un chaleco de punto; ella lleva sortijas hasta en los pulgares. Son marido y mujer, dueños del puesto de carne, y de siete *talegas* bien guardadas.

Se aproxima al puesto un hombre flaco y desharripado, é interrumpe al carnicero en la lectura de *El Petardo*, periódico que *estalla* una vez por semana contra las clases acomodadas.

—¡Ah! ¿Está V. leyendo *El Petardo*, señor Julian?...

—¡Hola, Alfredo! Sí: le compro siempre...

—Ya sé que V. es un patriota de verdad. Yo también le he leído. ¿Ha visto V. lo que les dice á esos pillos que van en coche? Pues es la pura *verdad*. Mire V.; en el mes pasado, me enviaron un dinero de Barcelona, y como yo no había de ir allá, ni me lo habían de mandar con un propio, el tunante del banquero se me quedó con dos reales, de los trescientos que me enviaban. ¡Y que no gasta lujo que digamos!

—¡Claro! Se aprovechan de la ocasion...

—Lo digo á V. que el día que se arme... En fin, déme V. media libra de carne. Ya sabe usted lo que quiero.

—Sí, ya sé.

El carnicero corta y pesa un pedazo de carne. Si es media libra, Dios lo sabe.

—¿Cuánto?

—Dos reales.

El comprador se marcha satisfecho; el vendedor se queda satisfecho también, y la sensatez se tapa la cara.

El banquero, el aristócrata, ha prestado un servicio por el cual se embolsa menos del *uno por ciento*.

El carnicero, el hijo del pueblo, se embolsa más del *ciento por ciento*.

Y *El Petardo* sigue *estallando* contra las clases acomodadas.

Y el pueblo sigue leyendo *El Petardo*.

A propósito de la difteria y de las carnes.

Cuanto más decididos estén nuestros municipios á merecer el aplauso de esta villa y corte, tanto más exigentes debemos ser con ellos.

Es preciso hacer algo que combata el mal de raíz. Madrid es una de las peores capitales de Europa. En Madrid la vida es corta, mala y cara.

Muy bueno que se abra una gran vía, y se trasladen algunas fuentes, y se modifique el litoral (hablando con perdon) del estanque del Retiro.

Pero esto no basta. La cuestion de la carne, como la del pan, requieren algo más eficaz que un *cajon* y unas multas.

Y por ahí se empieza para conseguir que la vida en Madrid resulte larga, buena y barata.

Téngase presente que la clase que en Madrid, y en otras muchas poblaciones, hay que redimir, no es la clase obrera; eso es bueno para que lo digan periódicos como *El Petardo*, pero no es verdad: aquí la necesitada de redencion es la clase media.

Barcelona es, en cifra redonda, un pueblo obrero; pero Madrid es un pueblo de señoriti-

nes que viven mucho peor que el obrero, desde el pintor hasta el empleado, y desde la institutriz hasta el teniente de infantería.

¿Qué se ha hecho del proyecto de plantaciones alrededor de Madrid?

¿Qué se ha hecho de otro proyecto de *almudí* que se había de levantar frente á la Puerta de Toledo y junto á la línea de circunvalacion?

Pues estas cosas urgen más que abrir á la navegacion los puertos, abras, ensenadas, bahías y escotaduras de la costa occidental del Estanque Grande.

A menos que sigamos el camino de los alemanes, que ahora empiezan á comer carne de perro.

Se proponen demostrar, segun dicen ellos, que dicha carne es, no sólo agradable, sino también medicinal.

Es posible, sin embargo, que sólo se propongan demostrar que saben hacer cosas peores que beber cerveza y levantar infundios filosóficos.

Francia está de duelo.

El hombre que ha perdido, aunque no había llegado á la completa madurez del estadista, había demostrado, sin embargo, rarísimas dotes de inteligencia y de carácter, que permitían esperar de él días de gloria para su patria.

Paul Bert, el continuador de Claudio Bernard en la cátedra, el discípulo de Gambetta en el Parlamento, ha muerto jóven y célebre, lo cual no obsta para que la saña de sus adversarios políticos le regatee una corona de más ó de menos.

Esa prensa francesa, que escatima hasta el elogio fúnebre, ha sido la maestra de esta prensa política española que pasa del *todo va muy bien* al *todo va muy mal*, en virtud de una cesantía.

Y si sólo fuera la prensa, menos mal,

Pero en estos días estamos asistiendo á la explosion de odios y rencores de que los hijos de esta generacion sólo teníamos noticias por tradiciones añejas.

Nos habían hablado de degollinas y ejecuciones en la horca, y de palizas dadas en las calles á los serviles por los negros, y á los negros por los serviles; pero no habíamos oído estallar en un discurso las pasiones que conducen á aquellos excesos.

Pasemos pronto á otra cosa.

La Administracion se cuida ahora más que nunca del fomento de los intereses agrícolas.

Y ahora más que nunca debe el Gobierno precaver los engaños de estos españoles clásicos, que, apenas hecha la ley, buscan la trampa.

No hay cosa más vulgar y corriente que el empeño de convertir una finca rústica cualquiera en colonia agrícola por virtud de una

exposicion al Gobierno. El asunto es no pagar contribucion.

Vaya usted á hablar de patriotismo al propietario de esa finca; dígale usted que el mísero consumidor de las frutas de la misma paga, en ese ó en otro concepto, la contribucion que él pretende esquivar; que la nacion necesita del esfuerzo de todos.

Lo mejor que contestarán es que su patriotismo es su bolsillo, y que el Gobierno...

Pero ¿para qué repetir simplezas? Sabido es que el escepticismo político y la falta de sentimientos patrióticos dimana de esa falta de seriedad, mejor diríamos, de cultura, que nos lleva á la cola de otras naciones.

Ese propietario que oculta sus tierras á los ojos del fisco, ó capea la contribucion territorial con un pliego de papel sellado, es el primero en preguntar dónde están nuestros *Dávidos* y nuestros *Duiliós* el día en que más los necesitamos.

—Están en el bolsillo de usted, caballero.

Van Elewyck es un belga que ha prestado un servicio inmenso á los compositores de piano, de armonium ó de órgano.

Ha inventado un aparato que, aplicado á uno de esos instrumentos, imprime la música á medida que el compositor la ejecuta.

Que es como si el lector pone la mano en el teclado de un ministerio y en seguida lo imprime *La Correspondencia*.

Afortunadamente, el aparato sólo es aplicable á los instrumentos de teclas.

De modo que seguirán perdiéndose en el vacío las improvisaciones de los que tocan el violon.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

LA BAHÍA TRANQUILA

Este dibujo es puramente fantástico: no se trata de la vista de ningún puerto conocido del Norte ó Meridiano de Europa, sino de un capricho de artista, pero de un capricho realizado con talento é inspiracion.

La naturaleza se muestra en él esplendorosa y bella. La costa que circunda, formando caprichosos accidentes, la amplia bahía, reflejase en las limpias y tranquilas aguas del mar, apenas rizadas por el soplo de dulce brisa, y las casas del ribereño pueblecillo, y los copudos árboles que en sus cercanías crecen, completan el paisaje y lo realzan, iluminando el conjunto un tono por demás agradable.

HAMLET Y LOS SEPULTUREROS

Una de las escenas más profundamente filosóficas de la famosa tragedia de Shakespeare es la que reproducimos en nuestro grabado de la pág. 500.

Hamlet y su fiel Horacio penetran en un cementerio; los sepultureros acaban de abrir la tumba destinada á Ofelia, y uno de ellos entabla con el hijo del rey de Dinamarca un diálogo por demás original, en el cual el inmortal trágico inglés hizo resaltar los principales rasgos del extraño y admirable carácter que supo crear su genio maravilloso.

—Ved aquí, dice el sepulturero, una calavera que ha estado debajo de tierra veintitres años.

HAMLET

¿De quién es?

SEPULTURERO

¡Mayor tunante que éste! ¡Vaya un loco!... ¿De quién os parece que será?

HAMLET

¿Y cómo he de saberlo yo?

SEPULTURERO

¡Mala peste en él y en sus travesuras! Una vez me echó un frasco de vino del Rhin por los cabezones... Pues, señor, esta calavera es la calavera de Yorick, el bufon del rey. (*Da la calavera al príncipe.*)

HAMLET

¿Ésta?

SEPULTURERO

La misma.

HAMLET

¡Ay, pobre Yorick!... Yo le conocí, Horacio... Era un hombre sumamente gracioso, de la más fecunda imaginacion. Me acuerdo que siendo yo niño me llevó mil veces sobre sus hombros... ¡Y ahora su vista me llena de horror y el pecho palpita oprimido!... Aquí estuvieron aquellos labios donde yo di besos sin número... ¿Qué se hicieron tus burlas, tus brincos, tus cantares, y aquellos chistes oportunos y repentinos que de ordinario animaban la mesa, provocando tempestades de carcajadas? Ahora, falto enteramente de músculos, ni aún de tu propia deformidad puedes reírte. Anda, ve al tocador de alguna de nuestras damas y dile, para excitar su risa, que por más que se ponga una pulgada de afeite en el rostro, al fin habrá de experimentar esa misma transformación. (*Tira la calavera al hoyo.*)

El reputado pintor francés, M. Dagnan Bouvret, obtuvo uno de los primeros premios en la Exposicion celebrada en Paris el año anterior con la presentacion del cuadro, de que es copia fiel y exacta nuestro dibujo.

BELLEZA Y GRACIA

Estos dos tipos de damas españolas personifican las dos cualidades expresadas; pero verdaderamente es difícil decidir cuál de ambas mujeres es más bella, ó cuál reúne más gracia y encanto.

Lo que sin vacilaciones puede asegurarse es que el artista ha representado á dos mujeres de nuestro país, pues no es posible confundirlas con las de otra nacionalidad ni aún dentro de la misma raza latina. Dígase lo que se quiera, es lo cierto que la expresion que se lee en aquellos ojos, el aire y el ademán seductor que en los dos admirables modelos se advierte, no se cosechan sino dentro de esta Península, acariciada por las olas de dos mares y fecundada por el sol radiante de Andalucía.

ABUSO DE AMISTAD

Hacerse convidar por el buen organista del rico monasterio de benedictinos ó jerónimos; acudir puntualmente á la cita; comerse los capones cebados por la inteligente y solícita mano del despensero; beberse á docenas las botellas de vino del Rhin ó de Tokay, reservado para las grandes solemnidades del convento, y hasta realizar algun empréstito á costa del anfitrión, con el fin de adquirir un buen caballo de batalla ó de rehacer el equipo; todos estos hechos no podían considerarlo los harapientos soldados de Flandes sino como autorizados y sancionados por la guerra.

El abuso de amistad que representa nuestro caprichoso grabado de la pág. 501, no está, pues, en nada de esto, sino en el hecho de destrozar los oídos del paciente monje, por vía de obsequio, haciéndole escuchar, al són de la destemplada vihuela, ciertas canciones de color subido, y á mayor abundamiento, entonadas por voz ronca y desafinada, que hiere el tímpano delicado del organista en términos que amenazan turbar la digestion de la copiosa y riquísima cena.

D. MANUEL GOMEZ MARIN

Escritor distinguido y notable abogado, nació en Cáceres en 31 de Diciembre de 1831, hijo del licenciado D. Manuel Gomez de Mendoza, relator que fué en aquella Audiencia y despues juez de primera instancia.

Estudió la segunda enseñanza en Cáceres y Salamanca y siguió la carrera de leyes en la Universidad Central, terminándola con nota de sobresaliente en casi todas las asignaturas. Muy pronto ejerció su profesion en Madrid con buen nombre y crédito.

Sus aficiones á las letras y sus ideas políticas lo llevaron al periodismo, fundando en 1856 la revista política filosófica *La Razon*, por él dirigida, y en la que colaboraron notables escritores. Por esta época entró á formar parte de *La Discusion*, dirigida por el ilustre D. Nicolás Maria Rivero. En 1860 fundó *El Pueblo*. En 1864 pasó á redactar *La Democracia*, diario dirigido por el eminente tribuno Castelar. En 1868 fundó, con Rivero y otros, *El Programa*, y en 1881 *El Progreso*, que despues continuó D. Andrés Solís.

Ha escrito varios opúsculos políticos, y en 1870 acometió una empresa digna del aplauso de los amantes del foro. En 1791 publicó el abogado don Bartolomé Agustin Rodriguez de Fonseca una traduccion de *El Digesto*, pero incompleta, pues estaba falta de los proemios y de los epígrafes de las leyes. Gomez Marin concibió el proyecto de publicar de nuevo esta obra, aumentándola con los proemios y completándola y revisándola, trabajo notable que llevó á cabo juntamente con el abogado don Pascual Gil Gomez, formando una notable obra en tres tomos en folio, titulada «*El Digesto del Emperador Justiniano*, traducida y publicada en el siglo anterior por el licenciado D. Bartolomé Agustin Rodriguez de Fonseca, del Colegio de Abogados de esta corte,» etc.

En 1872 fué elegido diputado dos veces, y otra en 1873. Desempeñó el cargo de subsecretario del ministerio de Ultramar, y en 1874 se retiró de la política á sus trabajos de abogacia.

En las últimas elecciones fué elegido diputado por Lorca, y nombrado individuo de la comision de actas, y en Octubre último se le confirió la direccion general de lo Contencioso. Procedente de la democracia, ha ingresado decididamente en la fusion, contribuyendo á la concentracion de fuerzas del partido liberal.

Para terminar, diremos que el Sr. Gomez Marin es político de honradez reconocida, escritor de tan vasta ilustracion como modestia; orador poco dado á frases retóricas y declamaciones; hombre serio, de verdadera y sólida ciencia; uno, en fin, de los pocos personajes de nuestro país que no han ido á la política por medrar.

Si en España se tuviesen en cuenta los méritos y valía de los hombres que gozan crédito en el concepto público, el Sr. Gomez Marin, que con tan buen acierto desempeñó la subsecretaría de Ultramar, se hallaría hace tiempo al frente de un ministerio, cargo para el que tantas veces ha sido indicado por la opinion y la prensa.

Nosotros, que no somos políticos, que no pertencemos á ninguno de los partidos que se disputan el poder, nos complacemos en hacer públicos los méritos y servicios de hombres tan dignos é ilustrados como el Sr. Gomez Marin.

ORGANIZACION Y SERVICIOS DEL BATALLON DE TELEGRAFOS

La historia moderna de la telegrafia militar española la dataremos desde las guerras civiles de 1833 á 1840, y de 1846 á 1848, en que se organizó con cierto carácter militar este servicio por señales ópticas, único medio de comunicacion á distancia, en uso á la sazón en nuestro país: organizacion que, principalmente en la campaña de Cataluña, de la última fecha, dió excelentes resultados, poniendo en comunicacion por medio de torres los



HAMLET Y LOS SEPULTUREROS (Copia del cuadro de Mr. Dagnan Bouvret.)



BELLEZA Y GRACIA

destacamentos con los centros de las columnas móviles. Posteriormente, en la guerra de África (1859 á 1860), si bien se creó una seccion de telégrafos eléctricos, no pudieron apreciarse sus efectos por haberse incendiado el material en el vapor *Genova*, que lo conducía á su bordo; y aunque al reorganizarse los regimientos de ingenieros en el año 1873 se estableció en cada uno de ellos una compañía de telégrafos, ésta jamás se dedicó á su especialidad, por haberlo impedido las exigencias de la guerra; de modo que hasta 1874, en que fué creado el regimiento montado con dos compañías de telégrafos, puede decirse que este Cuerpo no constituyó una unidad especial.

A pesar de las grandes dificultades con que al principio hubo de luchar, vencidas éstas al año, pudo ponerse á disposicion del General en jefe del ejército del Norte una compañía ya instruida, con material bastante para el establecimiento de 16 estaciones provisionales y 80 kilómetros de línea tendidos; material que fué manejado con acierto por el personal á quien se confió. Trasladada la compañía al ejército del Centro, á las órdenes del Excmo. señor General D. Manuel Salamanca, prestó excelentes servicios en el establecimiento de líneas tendidas en la orilla derecha del Ebro, que sucesivamente fueron reemplazadas por las aéreas permanentes, funcionando en ellas el personal y contribuyendo además á la construccion y montaje de las torres para comunicaciones ópticas desde Zaragoza á Amposta, con ramales á los puntos de vanguardia y retaguardia, dando resultados muy satisfactorios. Trasladada la misma compañía á las Provincias Vascaas y Navarra, estableció comunicaciones por medio de líneas tendidas en diferentes puntos de tránsito, montando estaciones en los permanentes ocupados hasta fines de 1876. La otra compañía, que por circunstancias especiales no pudo dedicarse á la instruccion de su especialidad, desempeñó con notable acierto, al fin de la campaña, el servicio de las torres ópticas en las mismas provincias.

Terminada la guerra, pasaron á Madrid ambas compañías, donde, completada su instruccion teórico-práctica, se encargaron del servicio de la red militar que se estableció en 1877.

Hecha la reseña histórica de los primeros pasos dados en España para organizar el Cuerpo de Telégrafos militares, expondremos los que han conducido á su constitucion actual, en la que creemos refundidos los principios fundamentales en que, segun los actuales conocimientos, debe apoyarse este elemento importante del Ejército.

Por real decreto de 14 de Diciembre de 1882 se ordenó que las fuerzas de ingenieros constasen de: cuatro regimientos de Zapadores minadores, uno de Pontoneros y un tren llamado de Servicios especiales, compuesto éste del antiguo batallón de Telégrafos y Ferro carriles, y de la brigada Topográfica á las órdenes de un Brigadier. Cada una de estas tres agrupaciones se denominaban Secciones de Telégrafos, de Ferro-carriles y de Topografía, montada la primera, y de á pié las otras dos, y compuesta respectivamente de dos unidades ó compañías. En lo relativo á la de telegrafia se dispuso que el ministro de la Guerra, de acuerdo con los de Fomento y Gobernacion, cuidase de que por la direccion general de Telégrafos se noticiasen al jefe del tren las variaciones trimestrales de toda la red telegráfica de la Península en lo relativo al trazado, número de hilos y estaciones.

La única mision de las compañías de Telégrafos en tiempo de paz, habia de ser su instruccion en la telegrafia de campaña en sus diversos sistemas y aplicaciones, incluyendo la telefónica y microfónica, debiendo conocer, para servirse de ella en cualquier momento, toda la red telegráfica de la Península.

En campaña debia ser mision de las unidades la colocacion y servicio de las líneas entre los distintos cuerpos del ejército en la zona de operaciones ó entre los cuerpos y sus avanzadas, y el empalme de la red de segunda línea, establecido que fuera el servicio regular.

Entre lo más importante de este real decreto,

debe mencionarse el art. 17, que determina las reglas para el reclutamiento, en virtud del cual se abandona el sistema de verificarlo en provincias determinadas, y se dispuso que el Tren de Servicios Especiales reclutase sus contingentes en todos los distritos, escogiendo reclutas cuyos oficios tuviesen aplicacion á los diferentes servicios del Tren.

También se ordenó que las Comandancias de ingenieros de las plazas de guerra procedieran á incautarse del material telegrafico permanente que hubiera establecido en ellas, quedando bajo su direccion.

Con objeto de desarrollar las bases establecidas en el real decreto que acabamos de mencionar, se dictó en otra de 24 de Diciembre de 1884 la organizacion que actualmente tienen las tropas de Ingenieros, y cuyos artículos referentes á telégrafos se copian á continuacion:

a) Las secciones de tropa del arma de Ingenieros serán en lo sucesivo las siguientes: cuatro regimientos de Zapadores minadores. Cuatro regimientos de Reserva. Uno de Pontoneros. Un batallón de Telegrafistas. Un batallón de Ferro-carriles. Una brigada Topográfica. Una seccion de Obreros.

b) El batallón de Telégrafos, cuyo objeto en campaña es el de establecer y conservar siempre las comunicaciones de los diferentes cuerpos de ejército entre sí y con el cuartel general, relacionando esta red volante de telégrafos con la permanente del país en la base de operaciones, organizará sus diferentes unidades de modo que, agregados á los cuerpos de ejército al disponerse la movilizacion, cuente cada uno con el personal y material necesarios á las exigencias de su servicio, así en lo que se refiere al llamado de primera línea, como al de reserva y al de las estaciones de transicion entre la red de Telégrafos militares y la existente en el país.

c) La cuarta compañía del batallón de Telégrafos se consagrará exclusivamente á la práctica de la telegrafia óptica ó de señales, estudiando y adoptando el material que parezca preferible al objeto de poder emplearlo de dia y de noche. Tendrá del mismo modo el estudio y práctica del alumbrado eléctrico en campaña; y en tanto no se disponga de recursos para crear una seccion independiente con este objeto, se ejercitará en la construccion é inflacion de los globos aerostáticos, y en su manejo libres y cautivos, emprendiendo, en la medida de los recursos de que pueda disponer, los ensayos y experiencias necesarios para las más útiles aplicaciones de estos nuevos instrumentos de guerra, así bajo el punto de vista de las comunicaciones, como bajo el de todas las demás aplicaciones militares que puedan tener sancionadas ya en parte por la experiencia.

d) Las tres primeras compañías del batallón de Telégrafos se ejercitarán en la construccion y reparacion de las líneas telegráficas eléctricas de todas clases y en el manejo de los aparatos de que hoy disponen para el servicio de las mismas.

Tendrán á su cargo, como escuelas prácticas permanentes, las estaciones telegráficas establecidas en Madrid y en los cantones inmediatos.

e) El cuadro del personal del batallón de Telégrafos es el siguiente:

Un teniente coronel, un comandante, seis capitanes, doce tenientes, un alférez, un médico primero, un capellan, un profesor veterinario, un celador para el Parque, un aparatista contratado y 400 individuos de tropa.

INSTRUCCIONES Y ESCUELAS

Al ingresar el recluta en el batallón se le proporciona la adquisicion de los conocimientos teóricos y prácticos que completan su instruccion, haciéndolo apto para desempeñar el cargo á que se le destina.

Además de la instruccion militar, recibe la técnica correspondiente á su especialidad.

Dividese la instruccion, por consiguiente, en dos secciones: una general, que comprende los ejercicios militares; conocimiento de las obligaciones de

su clase y del Código militar y servicio interior del cuartel; y otra técnica que facilita al individuo el cumplimiento del destino que ha de ejercer. Así es que, incorporados, reciben los reclutas la primera instruccion, que dura comunmente seis semanas; despues, y previo exámen, se les clasifica en dos grupos, comprendiendo el primero á los herradores, basteros, forjadores, obreros, practicantes, ordenanzas montados, conductores y cornetas, y el segundo los telegrafistas.

Los telegrafistas continúan sus estudios teóricos y prácticos en la escuela permanente que hay en el cuartel, y se clasifican, segun sus conocimientos, en aspirantes, telegrafistas segundos, telegrafistas primeros, subjeses, jefes de estacion y jefes de líneas. Para prestar el servicio de jefes y subjeses, precisa también que los individuos sean clases.

La enseñanza que reciben estas clases es la siguiente:

Aspirante á telegrafista. Manipulacion y recepcion en el aparato Morse de campaña.

Telegrafista segundo. Trasmision y recepcion con los aparatos ópticos.—Conocimiento del material de campaña.—Reparacion de averias en las líneas y en las estaciones.

Telegrafista primero. Servicio práctico de las estaciones.

Subjeses (cabos). Montaje de estaciones con los aparatos de campaña y del Estado.—Establecimiento de líneas de todas clases.

Jefes. Geometria práctica y topografía.—Física reducida.—Fortificacion de campaña.

Además de esta instruccion puramente teórica, reciben la instruccion militar precisa para el ascenso á clases; instruccion que determinan las ordenanzas, circulares y reales órdenes, que rigen para todos los institutos del ejército. Para la enseñanza de estas materias hay tres escuelas, cada una á cargo de un oficial; la de aspirantes, telegrafistas segundos y primeros; la de subjeses y la de jefes ó sargentos.

El local destinado á escuelas está dotado de aparatos telegráficos eléctricos y ópticos, y de instrumentos físicos, propios para las precisas explicaciones de elasticidad estática y dinámica. Para facilitar los estudios se han redactado libros de texto á los que se ha dado una forma práctica de exposiciones, concluyendo toda la teoría que sea completamente indispensable para la buena inteligencia de la materia.

RED TELEGRÁFICA DE MADRID

Tiene á su cargo este batallón, como escuela práctica permanente, el servicio de las estaciones telegráficas establecidas en Madrid y los cantones inmediatos. Esta red mantiene en comunicacion telegráfica, eléctrica y óptica los cuarteles entre sí y con la capitania general y ministerio de la Guerra.

Once estaciones hay en Madrid, que son: la del ministerio de la Guerra, Consejos (Capitania general), cuartel de San Francisco, id. del Duque de Alba, id. de San Gil, id. de la Montaña, id. del Conde Duque, id. de Salamanca, id. de Docks, Hospital Militar y Real Palacio y cuatro en los cantones, á saber: Carabanchel, L' ganés, Vicálvaro y Real Sitio del Pardo.

Dentro de Madrid, las líneas son subterráneas; las que ponen en comunicacion á éste con los cantones son aéreas, siendo el conductor hilo de bronce silicioso. En las estaciones se emplea el aparato de campaña, que más adelante describiremos al hablarse del material, y la pila Ledánché, modificada por M. Barbier, ó sea la de aglomerados. El microfono usado es del sistema Fournaux.

El aparato óptico consiste en dos cilindros, uno fijo y otro móvil; segun el tiempo que este segundo se ponga en contacto con el primero, se hace un punto ó una raya, señales que, combinadas segun el alfabeto Morse, forman las distintas letras.

Para el servicio de noche se emplea el mismo aparato; al levantar el cilindro móvil, se deja al descubierto un quinqué más ó menos tiempo, segun se quiera trasmitir una raya ó un punto. En buenas

condiciones atmosféricas se perciben las señales á la distancia de diez á doce kilómetros sin auxilio de los anteojos. Además de este aparato (conocido con el nombre de aparato de cilindro) tiene cada estación un heliógrafo propio para estaciones permanentes.

REGLAMENTO

Para la uniformidad en el servicio de la red de Madrid, y lo mismo para cuantas se establezcan en las plazas fuertes, se ha adoptado un reglamento, que marca á todas las clases sus respectivas obligaciones.

Las faltas y delitos cometidos en el servicio telegráfico se castigan ajustándose á un Código que determina para cada falta el castigo correspondiente, tanto en paz como en caso de guerra.

Al actual se le ha encontrado defectuoso, y en su consecuencia se ha redactado uno nuevo, pendiente aún de aprobación por la superioridad. Este Código marca los castigos correspondientes á las faltas y delitos y determina la asimilación de unos y de otros á los comprendidos en el Código general militar; igualmente los servicios á sus equivalentes puramente militares, según la importancia y trascendencia que puede llevar consigo la negligencia ó omisión. Así, el abandono de estación estando de servicio de aparato, se coloca en el mismo caso que el de abandono de centinela; el dormirse ó distraerse estando de aparato, equivale al caso del centinela que se distrae ó se duerme; el que quebranta el secreto de la correspondencia, al que comete el delito de infidencia; el que destruye voluntariamente los aparatos, al que inutiliza el armamento, etc.

Este Código regirá tanto para el servicio telegráfico en tiempo de paz como en tiempo de campaña.

Hasta el año de 1884, que las dos compañías de telégrafos del regimiento de Ingenieros pasaron á formar parte del Tren de Servicios especiales, lo prestaban los telegrafistas en las redes telegráficas de Barcelona y Mahón.

Después de la organización dada á las tropas del cuerpo en 1884, se hizo entrega de estas redes á la comandancia de Ingenieros respectiva, y están servidas por soldados del cuarto regimiento de zapadores minadores. Compete al batallón de Telégrafos la construcción de las líneas con que hace algún tiempo viene dotándose á algunas plazas. Además de la construcción de las tres enunciadas anteriormente, instalaron las tropas de telégrafos, heliógrafos en Tarifa y Ceuta, que establecen comunicación entre estas dos plazas, y se encuentran en la actualidad en estudio las redes telefo-microfónicas de algunas otras.

(Se continuará.)

J. G. R.

EL VIEJO NOBLE A GINÉS EL BASTARDO

SONETO

La mayor de las imprudencias es dar protección á un malvado.
(PITÁGORAS.)

Yo que te conocí pobre y menguado,
aunque industrioso al codiciar partido;
yo que en tu pequeñez te he protegido,
y tantas pruebas de bondad te he dado,

¿Cómo quieres, Ginés, que haya mirado,
al verte de repente enaltecido,
ese encono mortal con que has herido
cuanto por tí debió ser respetado?

¡Miserable adalid! Si la fortuna
te encumbró por capricho, tal baja
no acredita ¡por Dios! tu pobre cana.

A impulsos de su vil naturaleza,
aun llegando á los cuernos de la luna,
huésped siempre serás en la grandeza.

J. GUILLEN BUZARÁN.

ADELFA

HISTORIA VULGAR

Ella era rubia como los ángeles de los retablos, y dulce y pura como los ángeles del cielo. Se llamaba Adelfa, y tan amargas como las flores de su nombre eran las horas de su vida.

Huérfana á poco de nacer, no conoció el cariño de su madre. Albergada en casa de una hermana de la autora de sus días, sufrió desde la infancia todo género de contrariedades, gracias al carácter iracundo de la que debió servirle de madre en la tierra, y al poco afecto de los demás individuos de su familia. La pobre niña venía á pagar la falta de la que le dió el sér, si puede llamarse falta el haber contraído matrimonio á disgusto de sus parientes.

Adelfa sufría mucho. Más de una vez, postrada de hinojos ante una imagen de la Virgen, llegó á pedirle la librería del peso de la vida, pues se sentía desfallecer no viendo el término de sus sinsabores.

Estos tuvieron un paréntesis,

Uno de los mozos más gallardos de su pueblo se enamoró de Adelfa con todo el delirio de un corazón de veinte años, y Adelfa le correspondió, dando á Miguel, que así se llamaba el apuesto jóven, todo el tesoro de su cariño y toda la ternura de su alma.

Risueño y venturoso se ofreció á la enamorada pareja el horizonte de la vida; pero bien pronto el soplo de la fatalidad desnizo el mundo de ilusiones que forjaron en su mente. La guerra civil, que por aquella época ardía en España, obligó al Gobierno á exigir á la nación un nuevo tributo de sangre. Miguel tuvo que vestir el uniforme de soldado, y Adelfa vistió su alma de luto al separarse del hombre que tanto amaba y á quien quizás no volvería á ver.

Débil consuelo de sus penas fueron para la enamorada huérfana las cartas que Miguel la dirigió frecuentemente al principio de su separación, y de tarde en tarde después, dándole cuenta de la buena estrella con que había inaugurado su carrera militar, en la que ántes de un año logró por su arrojo los galones de sargento. Estos triunfos, sin embargo, no halagaban á Adelfa; su único anhelo era verle, verle pronto, y unirse á él para siempre.

¡Pobre niña! En su inocencia ignoraba que no eran sólo los azáres del campo de batalla los que podían matar sus soñadas venturas. La volubilidad del corazón de Miguel, que ella nunca sospechó, y la ambición que en él despertaron sus rápidos ascensos, fueron los mayores enemigos de su felicidad.

Pasó un mes, que fué un siglo para la pobre huérfana, sin recibir noticias del dueño de su alma. En vano le escribió una, y otra, y otra carta humedecidas con el llanto de sus hermosos ojos. ¡Todo en vano!

—¡Miguel ha muerto! exclamaba loca de amargura.

—¡Miguel ha muerto! eran las únicas palabras que articulaban sus labios.

Su tía, por otra parte, hacía aún más angustiada la existencia de Adelfa, obligándola á dar su mano á un viejo rico que en más de una ocasión había solicitado su cariño.

No pudo resistir más.

Una noche, oscura y triste como el cielo de su alma, abandonó Adelfa la casa que la servía de albergue, y loca, febril, emprendió el camino por donde dos años ántes había visto partir á Miguel.

Quería ir á Logroño, en donde estaba fechada la última carta que llegó á sus manos, y aunque sola, sin recursos y teniendo que recorrer una distancia de más de ochenta leguas, juzgaba imposible la realización de su deseo; la luz que iluminaba su alma le dió aliento, y siguió adelante su camino.

Una tarde de Noviembre de 1875 una mujer llena de harapos, pálida, demacrada y con los pies ensangrentados, después de recorrer casi todas las calles de Logroño preguntando inútilmente por el hombre que creía muerto, alzó los ojos al cielo buscando lenitivo á sus amarguras, y al bajarlos desalentada y triste, llamó su atención una casa de lu-

josa apariencia, en uno de cuyos balcones distinguió á un jóven oficial del ejército, y á su lado una mujer, también jóven, con quien conversaba, reflejándose en sus semblantes la alegría.

Adelfa, que no era otra la testigo de esta escena, sintió que un agudo puñal traspasaba su pecho, y dando un ¡ay! desgarrador, cayó desplomada sobre las piedras del suelo. Había reconocido á Miguel en el jóven oficial.

En aquel momento, abandonaron éste y su compañera el balcón sin darse cuenta de lo ocurrido en la calle, y sin ver que unos transeúntes levantaron el cuerpo de Adelfa, que no daba señales de vida, y la condujeron al hospital.

Allí volvió en sí Adelfa, y allí también supo que Miguel, futuro esposo de la jóven del balcón, iba á unirse á ella al siguiente día.

Aquella horrible nueva pareció devolver la calma á su espíritu; pero fué la imponente calma que precede á las grandes tempestades.

Salió del hospital, y con paso vacilante se dirigió á la casa que servía de alojamiento á Miguel, cuyas señas le facilitaron unos soldados que encontró en la calle. Llanzó á la puerta, y un ordenanza la condujo á la estancia del oficial. Este, al reconocer á Adelfa, dejó escapar un grito; pero bien pronto se repuso, y, fingiendo no saber quién era, le preguntó el objeto de su visita.

Adelfa, inmóvil y triste como la estatua del dolor, pronunció con voz apagada estas palabras:

—¡Mirame por última vez á tu lado! Reconoce estos ojos que tantas lágrimas han derramado por tí; por tí, único sér que he amado en este mundo, y estos labios que tantas oraciones han alzado á la Virgen para que te librara de todo peligro... Pero no, no me mires; mi presencia te infundirá el terror que inspiran los muertos, y yo no debo turbar tu felicidad. No te maldigo; te perdono. Soñé un mundo de dichas con tu amor, y ya he despertado de mi breve sueño. Sé dichoso mientras yo busco en otro sueño el consuelo de mis amarguras.

Y esto diciendo, salió de la estancia tapándose los ojos con las manos, y una vez en la calle, rompió á llorar amargamente.

Miguel, sin poder dominar su emoción, quiso seguir á Adelfa; quiso pedirle perdón por su criminal olvido; pero se detuvo al ver entrar en la habitación al padre de su prometida. Su vista le hizo creer que había sido víctima de una pesadilla.

Al día siguiente, mientras se celebraba la boda de Miguel en una de las iglesias de Logroño, cuatro hombres conducían en una camilla al depósito del cementerio el helado cuerpo de una mujer que la noche ántes se había arrojado al río.

Las ondas del Ebro prestaron á Adelfa el consuelo que le habían negado las ondas del mar de la vida.

CARLOS CANO.

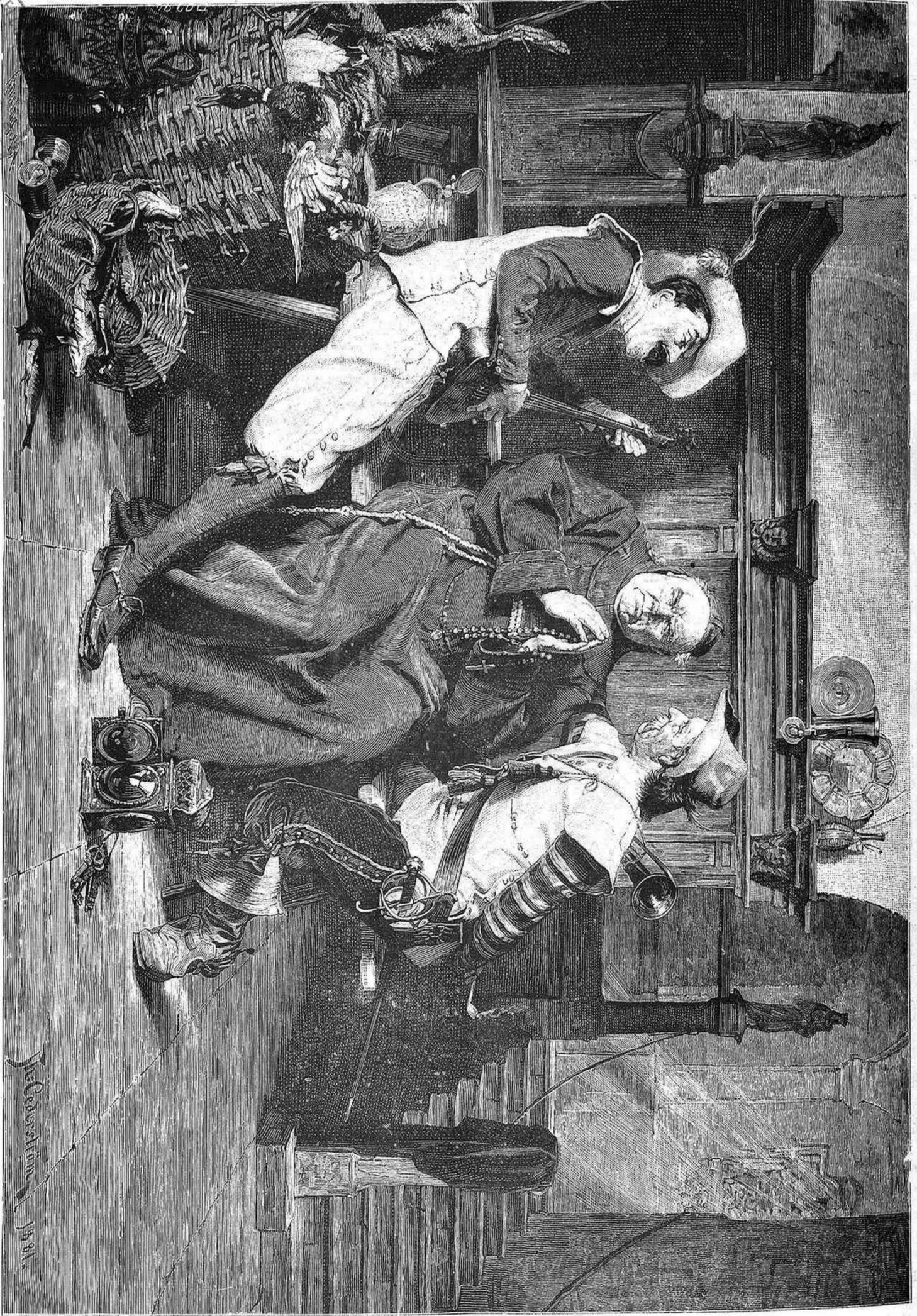
EL PRIMER VUELO

Como avecula que, dejando el nido
por el cuidado maternal tejido,
el dulce canto de su dicha exhala,
y, ansiando espacio y luz mide en la altura
la celeste extensión del firmamento,
y afanosa é inquieta bate el ala
ensayando del vuelo el movimiento,
así tu alma, Isabel, adormecida
en la inocencia en que tu sér se anida,
tesoro de bondad y de ternura
que en pureza y candor ninguno iguala,
se conmueve al latido
de un algo para tí desconocido,
y al vislumbrar confusas lontananzas
de ilusiones, de dicha y de esperanzas,
se lanza, decidida,
en las bramas primeras de la vida.

II

¡Oh Isabel adorable! ¡Quién pudiera,
saliendo á tu camino,
el velo descender de tu destino;
y al salvar la extensión inexplorada,

ARTISTAS
MADRID
BIBLIOTECA
ATENEOS CIENTIFICOS

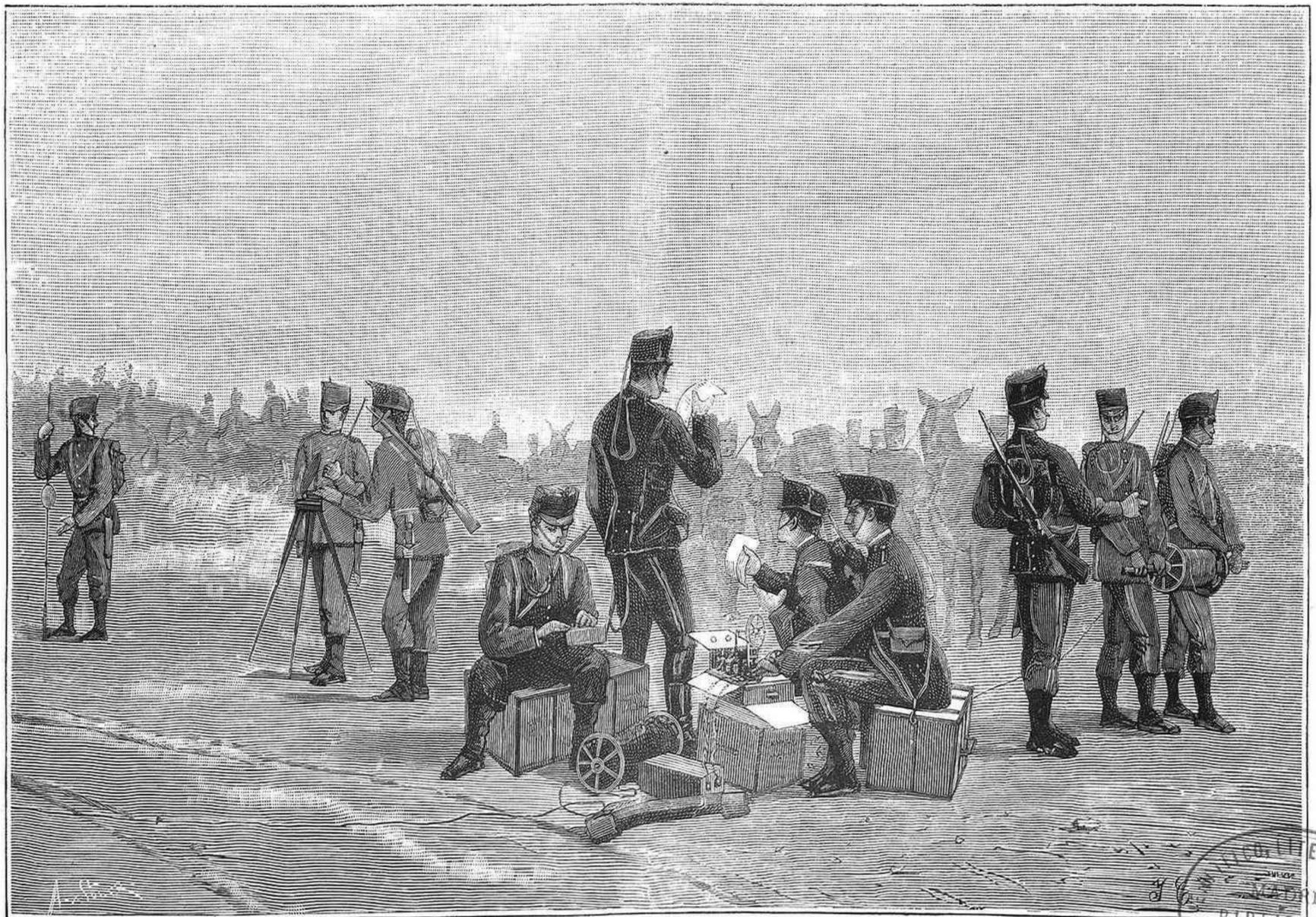


BELLAS ARTES.—ABUSO DE AMISTAD

J. Cabrerizo 1981



D. MANUEL GOMEZ MARIN, DIRECTOR DE LO CONTENCIOSO Y DIPUTADO A CORTES



PRÁCTICAS DEL BATALLON DE INGENIEROS TELEGRAFISTAS



mezcla de realidades y de ensueños,
en que tu alma se agita alborozada
en mil cuadros fingidos y risueños,
el curso detener de tu carrera
y prolongar el sueño de tus sueños!

III

Yo ¡ay de mí! bien lo hiciera,
hoy que apunta tu alegre adolescencia,
pues al mirar gozoso tus encantos,
que te juro, Isabe, que con ser tantos
no igualan á la paz de tu conciencia,
he visto en tus sonrojos,
de tu inquietud reflejo,
que hab'ándole al espejo
aprendes á estudiar tus perfecciones,
y henchida de ilusiones
el alma se te escapa por los ojos;
y en tan raros antojos,
como en torno de ti todo palpita,
tu corazón se agita
al oír cuidadosa, con descuido,
mil delicias que suenan en tu oído
sin presentir que con siniestro ruido
avanza el huracán de las pasiones.

¡Ya ves por qué tu vuelo detuviera
al llegar tu risueña primavera,
si al legarte la herencia
de una sabia experiencia,
con intentar hacerlo, no supiera
lo que vale un instante de inocencia!

IV

Mas, puesto que es forzoso
en tu vuelo afanoso
seguirte á esos espacios superiores
á que inquieto tu espíritu se lanza,
al mirar en confusa lontananza
de este mundo inferior los resplandores
con ojos de ilusión y de esperanza
que de tu alma divina son espejos,
no detengas tus alas perezosas
y cruza de horizonte en horizonte
lo mismo la marisma y el pantano
que las ondas movibles del Océano,
ya confundiendo el monte con el llano
ya el llano confundiendo con el monte;
porque esos espejismos misteriosos
de la vana ilusión sólo reflejos
que adivinas confusos y borrosos,
son tanto más hermosos
cuanto más se contemplan desde lejos.
¡Que hasta del sol, que en Mayo
el fértil suelo de riqueza alfombra
cubriéndolo de flores,
de luces, de perfumes y colores,
no descende á la tierra un solo rayo
que no proyecte al lado alguna sombra!

V

Avecilla feliz, parte ligera;
vuela más, vuela más y avanza, avanza;
y al trasponer el mar y su ribera,
el monte y la llanura,
y el valle y la espesura,
remóntese tu vuelo á la alta esfera
donde la vista del halcón no alcanza;
parte veloz, y vuela tu alma para
á esa infinita altura
donde el cielo anchuroso
es tanto más sereno
cuanto abajo es más fiero y tempestuoso,
y en su vasta extensión cierra tu alma,
el vuelo remedando de esas aves
que sobre la tormenta hallan la calma.
En tanto que en mi anhelo,
con mi espíritu en guerra,
cautivo encadenado en este suelo,
siguiendo la carrera imaginaria
por la vía tranquila y solitaria
en que tu alma serena cierra el vuelo

el abismo mirando
que hay del cielo á la tierra,
fervoroso rezando,
una dulce plegaria
mando por ti desde la tierra al cielo.

CAYETANO DE ALVEAR.

NEMI

Arreglo del francés, por A. Ordáx.

(Continuación.)

Entrar ahora en clase, confesar que había cantado hasta el extremo de olvidar la hora, y mostrar á todos aquellos vulgares ó malvados seres su rostro pálido por el éxtasis reciente, era torto. Y Nemi se detuvo, diciendo:

—¡Sí, ya no hay remedio; me expulsarán.

Para Nemi era esto algo semejante á la aparición de un recién nacido al pie de una puerta cochera, porque se encontraba, como aquél, sin ropas, sin recursos, sin asilo... Pero, en lugar de abatirse, experimentó nuevamente esa gran calma que había sentido por primera vez en la sala de música.

—¡Cantaré! dijo; y su corazón se llenó de tranquilidad y confianza.

VII

Mientras Nemi se dirigía á la sala de canto, la ruidosa conversación de un grupo de alumnos llamado *Las Tres Gracias*, recordó á la Grabi la cuestión del día.

—Venid aquí, bellas señoritas, dijo.

Las bellas señoritas entraron tras ella en su gabinete.

Las sillas, el canapé, las mesas, estaban cubiertas de pequeños obsequios, fruto de los ratos de ocio de las jóvenes, más bien que de su entusiasmo.

Todo era alegre y agradable en aquella habitación, y sin embargo, las Tres Gracias temblaron ligeramente de pies á cabeza cuando vieron cerrar la puerta á la Grabi, porque las que habían disfrutado el honor de estas confidencias reservadas, no solían mostrarse á la salida dispuestas á referir lo ocurrido.

La profesora dijo con voz suave:

—He pasado la noche en la escalera principal.

—¿Y qué idea le ha dado de pasar la noche de ese modo? preguntó Olga con la mayor tranquilidad.

Interiormente la Grabi no pudo menos de admirar la sangre fría de su discípula; pero no era esta la ocasión más á propósito para dirigirlas cumplimientos, y dijo sencillamente:

—Os he visto al ir y al volver.

—¿Pero de dónde?

—De la capilla, donde tres jóvenes os aguardaban.

—Señorita, replicó Olga con el mayor aplomo; ha tenido usted, sin duda, algún sueño, y ha cogido frío. Por eso se figura haber pasado la noche en la escalera.

—No, querida mía, no he soñado nada, y ahora mismo voy á prevenir á la directora.

Olga tembló un momento; pero era millonaria y podía con razón no tener miedo á nada de este mundo.

Replicó, pues, en seguida:

—Y usted será la primera responsable por no haber tenido más pronto la ocurrencia de pasar la noche en la escalera.

La profesora no pudo ya contenerse.

—¡Desdichadas! ¿Os atreveis á desafiarme? ¿No sabeis que puedo arrojaros de este establecimiento, asilo de virtudes que deshonrais con vuestras intrigas escandalosas?

Olga irguió con altivez su cabeza, y dijo:

—Una travesura sin consecuencias no es un deshonor, ni aun tratándose del establecimiento que honran las virtudes de usted, señorita.

No era esta la doblez maligna de su lenguaje ha-

bitual, sino una insolencia que revelaba manifiestamente gran poderío; y viéndose tan bien sostenidos, las otras jóvenes adoptaron ya una actitud más serena.

—Travesuras ó no, replicó la profesora comprendiendo la necesidad de transigir, lo cierto es que actos semejantes afectan gravemente á la reputación de unas señoritas. En vuestras casas... no los pensaríais siquiera..

—En vuestras casas se nos permite ver á todo el mundo, y aquí en cambio se aburre una hasta no poder más.

—Estais criticando el reglamento. Voy á quejarme á la directora.

—Y yo, dijo la insurrecta, voy á decir por todas partes que nuestro objeto al recibir á esos jóvenes era sólo comer. ¿No es cierto, amigas? añadió mirando á la más glotona de ellas.

—¡Oh, sí! suspiró el pobre estómago mal satisfecho.

—No obstante, confieso que nuestra imprudencia podría causarnos disgustos, lo mismo á nosotras que á usted, y creo que sería preferible evitar escándalos.

Las culpables escucharon una mercurial que la Grabi prolongó tanto como fué preciso, para hallar en su memoria expresiones apropiadas á las circunstancias. Y se acordó: renunciar á estas expediciones nocturnas, y que en lo sucesivo, las Tres Gracias sostendrían contra todo el mundo á la excelente profesora.

—Y ahora, concluyó la Grabi, vais á decirme el nombre de esos jóvenes, y del que les facilita la entrada.

Una encogimiento de hombros, nada respetuoso, fué la contestación de Olga.

La Grabi experimentó una fuerte tentación de ir á ver á la directora; pero de ménos temple, sin duda, que las antiguas romanas, quedó como petrificada ante la actitud de Olga.

—Señora Grabi, usted no puede exigir de nosotras una declaración en serio. Esta pregunta nos la hace sin duda para probarnos. Demos, pues, aquí por terminado este asunto, y acepte usted este insignificante obsequio como homenaje de una disciplina respetuosa...

Sonó en este momento la campana; la insurrecta estrechó entre sus brazos á la estupefacta Grabi; la ciñó una pulsera de oro, y en la precipitación dió con el aro un pequeño pellizco en la piel seca y floja de la profesora. Un grito de dolor, otro de susto, excusas, promesas, y todas se lanzaron por los corredores, á tiempo que el calvo y majestuoso profesor entraba en la clase.

—¿Y Nemi?

—¡Ha olvidado la hora! gritaron algunas pocas voces compasivas.

La Grabi permaneció parada un momento con la mano sobre el picaporte de la puerta. ¿La avisaría? Pero su mirada indecisa cayó sobre la pulsera de Olga, y fué tranquilamente á sentarse en su sitio de costumbre.

Comenzó el profesor su explicación, y mientras, la más joven de las Gracias dijo á Olga:

—¿Vas á avisarles que no vengan?

—¡Qué tonta eres! fué toda la respuesta que pudo obtener.

—¡Adios mis empanadas! suspiró la glotona.

—¿Por qué? Esta noche iremos, como las anteriores. La señora Ranz duerme como una marmota.

—¡Ah! Yo no me atrevo.

—Ni yo.

—Pues iré yo sola, replicó la tremenda Olga.

VIII

Nemi tuvo que presentarse de nuevo á la directora, y encontró con ella á la misma anciana de cabellos grises que había sido testigo de su primera reprensión. El hábito arrastraba allí muchas noches á la viuda Sas, más bien por hastío de su solitaria casa, que por simpatía hacia la directora, y ésta tenía en mucha estimación á su amiga, que sin gran

fortuna, encontraba el medio de hacer muchos beneficios. Casi siempre oía sus consejos en las circunstancias difíciles; pero rara vez también los seguía, en cuyo caso nunca dejaba de decir suspirando:

—¡La teoría y la práctica son dos cosas muy distintas!

La mirada honesta de Nemi no era nunca audaz ni aun frente a la inculpación injusta; pero no era de esas que se inclinaban ante el ultraje inmerecido.

—¿Otra vez, señorita? dijo la directora.

—Como nadie vino a avisarme...

—¿Cantaba usted tan alto que no ha oído el reloj siquiera?

—No lo he oído, señora.

Al recordar su éxtasis, los ojos de Nemi recobraron esa fijeza que daba un aire tan extraño a su fisonomía.

—Y bien, señorita, pues que olvida usted la hora, no irá usted ya a cantar ninguna. Retírese.

Por un impulso irresistible, Nemi volvió hacia la Sas sus claros ojos, y ésta le hizo una ligera señal de amistad. Nemi sintió entonces menos oprimido su corazón, y regresó con paso más vivo a los corredores.

En cuanto las dos señoras se quedaron solas, la Sas dijo con dulzura:

—¡Es una niña muy singular!

—Sí, respondió la Batú; en una joven de gran familia, esa originalidad de su carácter sería un atractivo y hasta un mérito; pero en una niña sin padres, sin amigos...

—¡Qué! ¿No tiene absolutamente nadie que la proteja?

—Nadie.

—¿Y adónde irá desde aquí?

La directora hizo un gesto vago, que significaba: ¿quién lo sabe!

—Estoy segura que con un buen maestro sería una gran cantante. Tiene una hermosa voz y un sentimiento que la hacen muy a propósito para el teatro.

—Usted siempre con el mismo tema, dijo sonriendo la directora.

—No; esa joven vale mucho.

—Sin embargo, es la última de la clase; está además en la edad de las travesuras.

La directora reprimió un suspiro.

—Es, en fin, exaltada, añadió simplemente a la anterior frase, porque la importaba no dejar leer en su alma, ni aun a la más fiel y discreta de sus amigas; y estas jóvenes exaltadas acaban generalmente mal.

—Sí, cuando no se les suministran los medios de dirigir su exaltación, hacia un género cualquiera de nobles ideales.

Ya no pudo la Sas pensar más que en Nemi, y la directora, preocupada con una vieja historia de la capilla, que se la había recordado ahora de nuevo, tampoco se esforzó en sostener la conversación. Así es que la Sas se retiró más pronto que de ordinario. En seguida la directora llamó a la persona de su mayor confianza: su doncella.

—Coge esa luz y acompáñame, la dijo.

Eran las once. Avanzaban muy despacio; la directora se detenía ante cada puerta del vasto corredor, que miraba cuidadosamente para cerciorarse de que todo estaba tranquilo. Y... llegaron sin novedad hasta la capilla. La directora entonces aplicó su oído con una especie de temor supersticioso.

¿Iría a oír, como en otra inolvidable noche, voces profanas en aquel sagrado recinto y en aquella inconveniente hora? No; esta vez la sorpresa que la aguardaba no era auditiva, sino de visión y hasta de tacto, porque al abrir la puerta, su cabeza chocó casi con las de tres jóvenes oficiales, que se la inclinaban de la manera más seductora primero y del modo más tristemente cómico en seguida.

—¿Qué es esto, señores? ¿Qué venís a hacer aquí vosotros, a quienes yo recibía con tanta confianza en mi casa? ¡Infames seductores!

—Sólo yo venía por ver a una niña; mis compa-

ñeros no han venido más que para acompañarme, dijo uno de los jóvenes.

—¡Usted! ¡Mi sobrino! ¡Ah! Eso es demasiado. ¿Y cómo se llama esa niña?

—Tía, comprenderá usted bien que yo no puedo contestarla...

—Está bien, rugió la Batú; retirense inmediatamente.

Los oficiales no aguardaron una nueva intimación, y la directora dijo a su doncella:

—Dios me ha preservado esta vez de la vergüenza de hallar con sus amantes a esas niñas; pero es necesario que averigües sus nombres mañana mismo.

La Grabi confiaba en que sus discípulas respetarían el pacto; pero sin que acertara a explicarse esta contradicción, se puso en acecho detrás de la puerta que daba frente al dormitorio. Tenía el tenaz presentimiento de que había de ocurrir algo aquella noche.

En efecto, poco después de las once, oyó abrir muy suavemente... y apareció Olga ante la Grabi, que salía ya a su encuentro, muda, amenazadora.

La joven se estremeció, pero con una presencia de espíritu extraordinario, dijo:

—Señorita, ¿no se ha acostado usted aún? Tanto mejor; venía a pedirle unas gotas de éter, porque estoy sufriendo horriblemente de los nervios.

Y se frotó el cuello con un gesto tan natural, que la Grabi acertó a contestar apenas:

—Pero, ¿por qué no se ha dirigido usted a la señora Ranz?

—Ronca de manera que no hay medio de despertarla, y toma las voces que se la dan por sus propios ronquidos. Además, yo no quiero deber nada a nadie, más que a mi amable profesora.

La Grabi tuvo que confirmarse con esta explicación, y Olga volvió a su cama. Entonces sus compañeras la rodearon para conocer el resultado de su excursión; y referido éste, el estómago más sensible suspiró:

—¿De suerte que no hay nada que comer?

—Como no quieras que te dé unas gotas calmantes, respondió Olga; quedan algunas en el frasco de la Grabi.

IX

A la mañana siguiente no se hablaba de otra cosa en el colegio que del encuentro de la directora con tres jóvenes en el lugar sagrado. ¿Quién habló el primero de esta aventura? Nadie sabía decirlo. Se despidió al sacristán y a una doncella que hablaba de unas empanadas y un vinillo dulce, como si se hubiera encontrado un cesto de provisiones que los oficiales olvidaron recoger al retirarse, y en fin, el secreto de *Las Tres Gracias* fué casi del dominio público.

—¡Bah! Esto era de esperar, dijo filosóficamente Olga, en respuesta a las lamentaciones de sus compañeras.

—¡Pero reflexiona que van a echarnos del instituto!

—Es que no declararemos; solamente los imbéciles cantan de plano.

—Pero entonces castigarán a toda la clase por nosotras.

—A una clase entera no se la despide del Instituto. La directora debe estar a estas fechas más apesadumbrada que nosotras por el desenlace que pudiera tener esta cuestión.

No iba descaminada en sus presunciones esta precoz niña, tan profundamente versada en la ciencia del corazón humano. La directora deploraba ya la inspiración que la había conducido a la capilla, y llamó a la Sas, cuyos consejos eran siempre *tan excelentes como impracticables*.

—¿Se trata de toda una clase seducida por un regimiento, o sólo de una broma abominable? dijo ésta entrando en la habitación de la directora.

—¡Cómo! ¿Se besa usted ya?...

—Sí; gracias a la multitud de gentes chismosas

que hormigean alrededor de usted. Pero ¿quiénes son las culpables?

La doncella apareció en la puerta. La directora salió un instante. Cuando volvió, sus facciones estaban tan alteradas, que su amiga preguntó:

—¿Qué pasa de nuevo?

—Acabo de averiguar sus nombres.

—¿Y bien?

—Que me es imposible descubrirlos ni aun a usted misma.

La Sas se retiró a su casa, y la Batú llamó a la inspectora. Presentóse ésta tan consternada como sus más encarnizados enemigos hubieran podido desearlo, porque sabía ya que las delincuentes eran la *flor del Instituto*, como enfáticamente se decía en las recepciones oficiales.

—No es ocasión de reconvencciones en este momento, comenzó la directora con tranquilo ademán; más tarde nos ocuparemos de averiguar la responsabilidad que ha cabido a cada una de las encargadas de vigilar el Instituto. Lo urgente es saber si se puede castigar a esas tres jóvenes.

La inspectora hizo un gesto negativo.

—Sin embargo, replicó la Batú, el suceso se ha hecho público, y el principio de autoridad exige una víctima.

La inspectora se aproximó, y al término de una larga conferencia, la Batú hizo la señal de la cruz, diciendo:

—¡Que Dios me ayude! Hay necesidades crueles; pero la autoridad, la disciplina, no pueden quedar impunemente mancilladas.

X

Aunque era muy pequeña, la Grabi pareció reducida a la mitad de su tamaño cuando se presentó ante el Dios irritado del Instituto. Pero el rayo terrible de la mirada directorial no fué seguido del trueno, sino sólo de esta tranquila frase:

—Tiene usted una alumna gravemente comprometida...

La Grabi intentó negar.

—No agrave usted su situación con alguna torpeza. Creo que es una de las más nobles y ricas...

—¡Falso! interrumpió la Grabi, fiel a su pacto de alianza.

—Si no quiere usted que sea esa la culpable, será otra, dijo lentamente y con una intención verdaderamente infernal la directora; y en fin, usted conoce a todas sus discípulas; a usted toca encontrarla. Doy a usted media hora para averiguarlo.

La profesora salió de allí como si el Instituto entero se hubiera desplomado sobre su cabeza. Pero la cuestión estaba planteada. La culpable no debía tener padres, parientes o amigos capaces de promover indagaciones peligrosas.

(Se continuará.)

A ELLA

Yo levanté mi triste pensamiento a la región azul,

y te miré más bella que la aurora al rasgar de la sombra el denso tul.

Desde alta torre contemplé una tarde el anchuroso é imponente mar, y entre sus olas, por la luz bañadas, te vi flotar.

Cerré una noche mis cansados ojos, llorando me dormí, y en el fondo del alma enamorada también te vi.

¿Adónde, pues, dirigiré la vista, que no mire tu imagen seductora? ¡Si eres como la luz que alegra el mundo y los espacios infinitos dora!

JOSÉ DIAZ MACÍAS



SOLDADO INGENIERO TELEGRAFISTA TRASMITIENDO CON EL APARATO REGLAMENTARIO

LAS OCURRENCIAS DE MARTINEZ

D. José Martínez y Perez de la Vega, capitán graduado, teniente de un batallón de cazadores cuyo nombre se me olvida cada vez que quiero decirlo, era algo más que un caballero oficial *chiflado*, porque era el genuino padre de la *chifladura*.

No tomaba la paga sino después de que el asistente se la cambiaba en cuartos, porque le parecía impropio de su jerarquía de oficial recibir un sueldo que pudiera caber en el bolsillo de los pantalones.

Comía en pie, con el objeto de que la comida no se le estancara en el estómago.

Echaba agua en el vino, para corregir la obra del tabernero y no aceptar servilmente la imposición de un industrial.

Pedía la cena a las ocho de la mañana y el almuerzo a media noche, por no seguir la rutina de la mayoría de las gentes.

No le daba cuerda al reloj sino después que se le había parado, porque juzgaba indigno de su calidad de ser inteligente, atormentar a una máquina inofensiva con la sospecha de que le faltaba cuerda.

Hizo un viaje desde Madrid a Londres sólo por tener el gusto de que un célebre tirador de rifle le atravesara el sombrero de un balazo; y llegó hasta San Petersburgo para averiguar si era verdad que existían nihilistas y que los ahorcaban.

Cuando no podía viajar con su cuerpo, viajaba con su imaginación; una vez dijo a sus camaradas:

—Voy a daros noticias de una carta que no he recibido, pero que he debido recibir. Porque a estas horas debía yo estar en la capital de Italia, después de haber escrito a Su Santidad, leyendo la respuesta de Leon XIII, que sin duda alguna sería como sigue: «Te espero a las once de la tarde para que nos desayunemos juntos.»

Otra vez pasó veinticuatro horas sin tomar ningún alimento y reflexionando. Al fin, dijo con resolución:

—Es imposible de averiguar.

—¿Qué? le preguntamos.

—Un misterio de la etimología.

—¿Cuál?

—¿Por qué llamamos escalera a la escalera, y no la llamamos zanahoria? ¿Y por qué la zanahoria no tiene el nombre de escalera?

Solía decir:

—¿Cuántas cosas haríamos si Dios nos concediera el mismo rabo que a los monos!

Cuando quería refrescar, se comía dos naranjas, y al día siguiente bebía agua con azúcar.

Nunca pedía prestado, ni compraba jamás lo que no pagaba al mismo tiempo, pues decía que el crédito es más ruinoso que la abundancia.

No quería faltar en público a las ordinarias costumbres, ni tampoco regalar a nadie. Y para conciliar ambos extremos, iba cuatro días seguidos a cada café, siempre a la misma hora, sentándose en la misma mesa y llamándolo a un mismo mozo. Tomaba café, y durante los tres días primeros daba dos reales, pero al cuarto día se marchaba sin pagar. Así le salía cada taza de café por su verdadero precio.

Era sóbrio en sus gustos, porque cada gusto supone un gasto, y hasta el mirar, que parece que nada cuesta, gasta la vista.

Un pobre le pidió limosna diciendo que estaba desesperado porque sus hijos se morían de hambre.

—Usted tiene la culpa, le respondió Martínez con la mayor tranquilidad.

—¿Por qué, señor?

—Porque si los hijos de usted no tuvieran padre, los recogería el Gobierno. Y en usted consiste que se queden sin padre.

Tenía singulares creencias. El Código era para él un arma de los ricos contra los pobres; el guante, un salvoconducto de los inteligentes; el salón lujoso, un lugar sagrado para la ley; la elocuencia, un trabuco en camino real; la lisonja cortesana, una ponzoña en vaso de oro; la política, un fraude; cada hombre de gobierno, un jugador de ventaja; cada

magistrado, un señor de horca y cuchillo; cada regla de la autoridad, un ataque a los indefensos; cada prescripción legal, una esclavitud del necesitado; cada injusticia, una consecuencia lógica del predominio de la fuerza.

Decía que la formación de la sociedad se debe a la estupidez humana; que el hombre se asocia con sus semejantes para vivir debajo de ellos o sobre ellos, y que los mandatos de la colectividad oprimen al individuo, y los deseos del individuo pugnan con las conveniencias y necesidades de la colectividad.

Negaba el derecho de los padres sobre los hijos, porque la vida no es un don solicitado, y es a veces una carga que abrumba. Combatía el espíritu de las leyes, por ser obra de algunos contra la voluntad de todos, fraguada arriba y mirando a los de abajo con un antejo puesto del revés. Consideraba absurdas las obligaciones aceptadas por los más en beneficio de los menos, las cargas del Estado y las exigencias gubernativas. Se reía de los deberes del patriotismo, de los alarides de moralidad y de otras muchas cosas dignas de aplauso y de respeto.

Con esta manera de discurrir, nadie le hacía caso.

Mas no paraban aquí sus ideas estrambóticas.

Llamaba al arte, ridícula falsificación de la naturaleza, y monos serbios a los artistas. Decía que no valía la pena de estudiar tanto para imitar mal unas cosas que todos veían y que muchos podían tener.

Era implacable con los poetas y con los periodistas. Se mofaba de los primeros, porque, no satisfechos con la necesidad de hablar, perdían tiempo precioso rodeando de dificultades el uso de la palabra, cortando las oraciones en periodos inermes y adornándolas con un retintín campanillesco. Se burlaba de los segundos porque pretendían saber de todo, estar enterados de todas las ocurrencias y representar las opiniones ajenas, llamándose órganos del país, de las sociedades y de los partidos. Y se reía del público, niño que se divertía cándidamente con los sonnetes de los poetas y aceptaba el parecer particular de un simple gacetillero, cual si fuera el de la nación.

Las mujeres eran para él un chasco de la Providencia; los hombres, una equivocación del Criador; los dolores físicos, advertencias de la muerte; y los morales, desfallecimientos del ánimo y cobardía insigne.

En medio de sus extravagancias solía decir y hacer algo de provecho; pero todo lo suyo se tomaba a broma. Una vez quiso regalar de veras un duro, y el agraciado no lo tomó, persuadido de que era falso.

Las ocurrencias de Martínez fueron célebres en el ejército, y llamaron la atención de la autoridad. Algunas almas caritativas, anticipándose a los deseos de la beneficencia oficial, encerraron a Martínez en un manicomio, sin que el teniente de cazadores manifestara sorpresa ni disgusto.

A los quince días hubo que echar a la calle al señor de Martínez, porque había logrado *chiflar* a todos los dementes y volver locos a los guardianes y a los médicos.

ADOLFO LLANOS.

LA MOSCA EN LA OREJA

NOVELA CORTA Y LEO GRANDE

(Conclusion.)

—Nos engañaban, dijo Eloisa.

—Debemos matarlos. ¡Petra, Petra! gritó, llamando a la criada.

Esta apareció en la puerta con visibles muestras de sobresalto.

—¿Han llamado los señores?

—Sí: ¿dónde está la señorita Elvira?

—¿Dónde está D. Marcos? preguntó a su vez Eloisa.

—Ambos se han encerrado en el despacho, y están dando unas voces...

—¡Infames! exclamó Adolfo.

—Hay que tomar venganza, añadió Eloisa.

D. Miguel entró en esto con el vinagrillo de los siete niños de Écija.

—Aquí está esto.

—Pues bébaselo usted; lo que yo necesito es una pistola, un trabuco, un cañón... Voy a matar a Marcos.

Petra, asustada al oír cómo se expresaba Adolfo, salió precipitadamente.

—Sosiéguese usted, caballero, dijo D. Miguel.

Adolfo, sin hacerle caso, continuó hablando de este modo:

—Eloisa, retírese usted: se lo suplico.

—No comprometa usted su vida.

—Sé lo que me toca hacer: nací caballero, y como tal tengo que conducirme.

Mientras Adolfo acompañaba a Eloisa hasta la puerta, D. Miguel quedaba diciendo para sí:

—¡Cualquiera que oyese a este caballero, lo creería un segundo Roger de Flor!

Ya en la puerta, Eloisa dijo al novio de su hermana:

—Adolfo: hoy por hoy, su vida de usted me interesa más que la de ese hombre.

D. Miguel, llevándose las manos a la cabeza al oír aquellas palabras, exclamó:

—¡Ya apellida «ese hombre» a su marido! ¡Y aún habrá quien no comprenda el presidio!

De sus meditaciones le sacó Adolfo que, dándole un golpe en el hombro, le dijo:

—Tengo que enterarle a usted de lo que pasa.

—No se moleste usted: ¡lo sé todo!

—Mejor: así nos evitaremos tiempo. Yo había pensado matar a D. Marcos como a un perro; pero he desistido.

—Hace usted bien.

—Pero en cambio voy a batirme con él.

—Recapscite usted...

—Quiero matar o morir.

—¿Y qué conseguirá usted con eso?

—Todo.

—Nada: si usted muere porque lo entierren, y si usted mata porque...

—¿Quiere usted ser mi padrino?

—¡Yo!

—¿Prefiere serlo de D. Marcos?

—Yo quiero ser un buen amigo de todos.

—Eso no es posible.

—Déjeme usted hablar con mi amigo, dijo, pensando ganar algunas horas.

Pero el desenlace se precipitaba, y a ello penetraron en la habitación Elvira y Marcos.

D. Miguel, al verlos, no pudo contener una exclamación: la hora del trueno gordo era llegada.

Marcos, encarándose con Adolfo y con voz de trueno, le preguntó:

—¿Aún tiene usted valor para estar en esta casa?

—¿Quién lo duda, toda vez que estoy en ella? respondió Adolfo.

Tratando de aplacar los ánimos, dijo D. Miguel:

—Procedamos con calma.

—¿Con calma? preguntó Elvira. La calma es que yo me marche con mi cuñado o sola.

—¿Y tienes valor para hablar así cuando eres la culpa de todo? exclamó Adolfo.

—¡Que yo soy la que tiene la culpa!...

—Sí: y ahora, D. Marcos, supongo que me dará usted una satisfacción. Uno de los dos ha de morir.

—Marcos, te prohibo que te batas con ese infame, dijo Elvira.

—Descuida, que no he de ser tan tonto que mida mis armas con el asesino de mi honra.

Adolfo rugía como un león. D. Miguel, sin abandonar su papel de amigable componedor, dirigiéndose primero a Marcos y luego a Adolfo, intentó reconciliarlos, recibiendo dos sofiones.

—Nunca le creí tan cobarde, tan miserable, dijo el novio de Elvira.

—¡Yo cobarde! ¡Yo miserable! exclamó el marido que se juzgaba engañado.

—Yo desbarataré las imposturas, replicó Adolfo.

Y dando voces, llamó de este modo:

—¡Eloisa! ¡Eloisa!

D. Miguel temblaba como la hoja en el árbol, de pensar en verlos á todos juntos.

Eloisa acudió al llamamiento.

—Vámonos, Márcos, ó no respondo de mí, dijo Elvira al ver á su hermana.

—No, no te vayas: quien se marcha soy yo; tú estás en tu casa, le replicó su hermana.

—¿Quieren ustedes escucharme? preguntó D. Miguel.

Los cuatro interrogados, como obedeciendo á una consigna, respondieron:

—¡No, no, no!

—Pues ¡sí, sí, y sí! repuso D. Miguel; y cerrando la puerta, echó la llave y se la guardó en el bolsillo. Ahora tendrán ustedes que escucharme. Vamos por partes, y ya verán cómo ninguno tiene nada que echarse en cara.

—¿Esas tenemos?

—Sí, Márcos; concededme cinco minutos para demostrarlo.

—¿Y abrir la puerta?

—Sí.

—Pues habla; pero reloj en mano.

—Sea: las tres y diez.

—Al cuarto terminan.

—Usted primero, Elvira: ¿no me ha dicho que no podría ser feliz lejos de su cuñadito, que la mimaba como á nadie?

—Sí, pero...

—Ni pero ni manzana: usted lo ha dicho. Dime tú, Márcos: ¿no aseguraste que estimabas de un modo entrañable á Elvira?

—Y eso, ¿qué tiene que ver?

—Para ti nada, para tu mujer...

—¡Yo no tengo paciencia! exclamó Adolfo.

—Pues ¿ún me restan cuatro minutos. Y ahora le toca á usted, D. Adolfo. ¿No me confesó que estaba de acuerdo con Eloisa?

—Y lo sostengo.

—Y usted, mi señora doña Eloisa, ¿no me dijo que le importaba un rábano de su marido?

—¿Cómo un «rábano?» gritó Márcos.

—¡Hombre, precisamente un rábano, no dijo; pero para el caso lo mismo da un rábano que un pepino.

Y volviéndose á Eloisa, continuó:

—Responda usted, señora.

—Y en ello me ratifico.

—Pues bien; oidas las partes interesadas, deduzco que están ustedes pagados, que nada se deben, y que yo no puedo ni debo continuar en una casa en la que hay un cuñado que seduce á su cuñada...

—¿Qué dice ese hombre? interrumpió Elvira.

Pero don Miguel, impertérrito, continuó:

—Y una esposa que falta á sus deberes dando oídos al hipócrita aspirante á la mano...

El asombro era completo: ninguno de los cuatro acusados podía articular una sola sílaba: parecían cuatro estatuas.

La reaccion no podía hacerse esperar. La tormenta se engendraba en aquellos momentos en los pechos de los acusados: la ira se reconcentraba... Los primeros síntomas del temporal se manifestaron por dos gritos agudos, semejantes á dos silbidos que se escapaban del silbato de una locomotora, que fueron lanzados por las gargantas de las dos mujeres, que se vieron acometidas de sus respectivos síncope.

Márcos, con los pelos crispados, exclamó:

—¡Me calumnian! Yo sólo amo á mi mujer-cita.

Adolfo, cerrando los puños, gritaba:

—¡Vil impostura! Yo sólo aspiro á la mano de Elvira.

Y Márcos replicó:

—¡Juro que mi cuñada es la honradez en persona!

Y Adolfo dijo á su vez:

—¡Juro que Eloisa es la honradez personificada!

Don Miguel, que oía con los brazos cruzados aquellas protestas, no sabía si reír ó llorar.

—¡Eloisa! gritó Márcos.

Y Adolfo, por no ser ménos, gritó también:

—¡Amor mio! ¡Elvira de mi alma!

A estas palabras siguió una contradanza.

Márcos pasó al lado de su esposa; Adolfo al de su adorada. Márcos continuó ocupando el centro del cuadro.

A los preludios no se hizo esperar el estallido: como impulsado por un resorte de gran potencia, Márcos y Adolfo se precipitaron sobre D. Miguel.

—¡Ven acá, miserable! le dijo el esposo de Eloisa, cogiéndole por un brazo.

—No, yo primero, replicó el enamorado Adolfo, cogiéndole por el otro.

—Pero, ¿me van ustedes á descuartizar? preguntó don Miguel. ¿Qué hice yo?

—Engañarnos á todos, dijeron á duo los dos hombres.

—Ofender nuestra dignidad, añadieron las dos mujeres.

—Don Adolfo, usted me dijo...

—Que amaba á Elvira y que su hermana estaba de acuerdo conmigo para proteger estos amores.

—Bueno: sea así; pero tú, Márcos...

—Yo te hice presente que no quería separarme de Elvira por... la verdad, por no separarme de su dote: lo confieso.

—Todo eso será verdad, pero...

—¿Y usted dudó de mi honradez?

—Yo... señora...

—¿Y de la mía?

—Yo... señorita...

—¡Muere, infame y falso amigo! exclamó fuera de sí Márcos.

—Deja que te arranque la lengua, añadió furioso Adolfo.

Y D. Miguel iba y venía como un pelele, de un lado para otro, recibiendo aquí un empujón y allí un puñetazo.

El amigo oficioso estaba perdido. ¿Qué hacer para librarse de una muerte segura?

Aprovechando un momento, se arrojó á los piés de las dos mujeres implorando perdón.

El primer impulso de ambas fué arrancarle los pelos y saltarle los ojos... Mas la compasión triunfó, y colocándose delante de él, impidieron que la escena pasara á mayores.

A los quince días, Elvira y Adolfo recibieron la bendición nupcial y se instalaban en la casa-habitación de Márcos y Eloisa.

Don Miguel, en el mismo espacio de tiempo, consiguió enredar los asuntos que le encomendaron en el pueblo, hasta el punto de que la testamentaria se hizo judicial, y lo que sólo era objeto de una reclamación semioficiosa, se llegó á convertir en un semillero de litigios.

Márcos dejó de tener la mosca en la oreja; pero en cambio, en el pueblo, todos los que confiaron sus asuntos á don Miguel consiguieron que les saliera un grano maligno en la nariz.

J. CONDE DE SALAZAR.

ESPECTÁCULOS

La entrada del mal tiempo nos ha hecho recordar el refrán que dice: *Cuando llueve, todos nos mojamos.*

También los huracanes han penetrado en los teatros y han tronchado algunas esperanzas, y han dado ocasión á los sietemesinos del periodismo para disparar sobre el moro muerto (vulgo autor silbado) la pistola y el revólver, y clavarle la navaja, el puñal, la daga, la espada, el montante y la lanza.

Así, hijos míos: el autor no se puede defender; con que ¡á la cabeza! y ya que no sepais escribir una obra, que se vea que sabeis hacer un chiste á expensas de una cabeza de turco.

Ya un periódico político ha hablado de esto mismo, y ha dicho cosas que merecian ser leídas por los directores de los demás; pero están estos señores

muy ocupados, y además... han sido compañeros de algunos ex-periodistas que ahora son autores, y eso no se puede sufrir, ¿verdad?

Con que vamos al caso.

Tenemos en Madrid á Gayarre.

Cada vez que viene, canta mejor. La noche que salió por primera vez en esta temporada cantó *La Africana* como *La Africana* merece ser cantada, y con esto está dicho todo.

Si pudiéramos convertir esta reseña en un teléfono perfeccionado, habríamos resuelto de plano la dificultad.

Decimos perfeccionado, porque hace morir de tristeza escuchar una ópera por medio del teléfono. Como dice un ilustre compositor español, parece que cantan los condenados en el Purgatorio.

Y ahora que estamos bien de cantantes, ¿cuándo vienen las óperas nuevas?

¿O nos vamos á pasar la flor de la vida escuchando *Mignon* y *Lucrecia Borgia*?

El público agradecería mucho cualquier novedad, aunque fuese que volvieran á cantar *La Sra. Sra.*

Verdad es que para la competencia que en este punto hace el arte español, bien puede pasarse el Real sin hacer esfuerzo ninguno.

No nos cansaremos de repetirlo, Sr. Berges.

Hay que reforzar esa compañía.

Inspírese usted en lo que hace Calvo ó en lo que hace Vico.

De otro modo, no extrañaríamos que los autores temblaran por sus obras nuevas; y con su pan se lo coman, si tienen valor bastante para fiarlas á una compañía incompleta.

Han comenzado las representaciones en la Princesa, y como aún no ha habido estrenos, sólo tenemos que decir que los artistas de ambos sexos que actúan en dicho teatro no han perdido nada de lo que tantos aplausos les ha conquistado en temporadas anteriores.

La bola de nieve se ha representado en el teatro Español con arte asombroso.

Vico y Calvo han tomado parte en la representación y en los aplausos del entusiasmado público.

Siguen algunos esperando que Tamayo dé algún drama original. Por nuestra parte, lo dudamos mucho.

En Variedades se han estrenado *El país de la castaña* y *En tres por un punto*.

Esta última, original de D. Eusebio Sierra, es delicada, muy bonita y muy graciosa.

El país de la castaña es una revista de actualidad, en la que llaman la atención dos decoraciones, algún número de música y algunos chistes.

No creemos que dé el resultado que la Empresa se proponía y que el teatro de Variedades necesita este año, ó, mejor dicho, desde que el de la Comedia le arrebató el público fraccionando el espectáculo.

En Eslava ha tenido buen éxito una zarzuela titulada *Muerto el perro*, original el libro del Sr. Monasterio, y la música del maestro Hernández.

Tiene mucha gracia y está bien pensada:

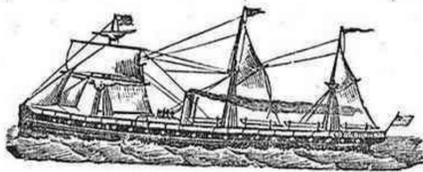
*y lo que es cantando coplas
no se puede pedir más,*

como se dice en *Sueños de Oro*.

CANTACLARO.

ANUNCIOS

Servicios de la Compañía



Trasatlántica de Barcelona.

VAPORES-CORREOS A PUERTO-RICO Y HABANA

Con escalas y extension á Las Palmas, Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacifico

Salidas trimensuales: de Barcelona, el 5; Málaga, el 7, y Cádiz, el 10 de cada mes, para Las Palmas, Puerto-Rico y Habana.

Santander, el 20, y Coruña, el 21, para Puerto-Rico, Habana y Veracruz.

Barcelona, el 25; Málaga, el 27, y Cádiz, el 30, para Puerto-Rico, con extension á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extension á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colon y Puertos del Pacifico, hácia Norte y Sur del Istmo.

VIAJES DEL MES DE NOVIEMBRE

El 10, de Cádiz, el vapor *Isla de Cebú*; el 20, de Santander, el vapor *Antonio Lopez*; y el 30, de Cádiz, el vapor *Ciudad de Cádiz*.

VAPORES-CORREOS A MANILA

Con escalas en Port-Said, Aden y Singapoore, y servicio á Iloilo y Cebú.

Salidas mensuales: de Liverpool, el 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º fijamente de cada mes.

El vapor *Isla de Mindanao* saldrá de Barcelona el 1.º de Diciembre de 1886.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo. La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes, en Barcelona, la Compañía Trasatlántica, y Sres. Ripoll y C.ª, plaza Palacio.—Cádiz, Delegacion de la Compañía Trasatlántica.—Madrid, D. Julian Moreno, Alcalá, 33 y 35.—Liverpool, Sres. Larrinaga y C.ª.—Santander, Angel B. Perez y C.ª.—Coruña, D. E. da Guarda.—Vigo, D. R. Carreras Irigorri.—Cartagena, Bosch hermanos.—Valencia, Dart y C.ª.—Manila, Sr. Administrador general de la Compañía general de Tabacos.

A. Romero A.

Capellanes, 10.

Gran almacén de música, pianos, órganos y demás instrumentos de salón. Salón de conciertos. Obras musicales en todos los ramos del arte.

Pianos de las más renombradas fábricas de Europa. Unico depósito en España de los célebres *Steinweg*, inmejorables por su sonoridad y resistencia.

Se remite gratis el catálogo ilustrado.

MADRID



COMPANIA COLONIAL

PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA

26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES. GRAN MEDALLA DE ORO

Y LA CRUZ DE LA LEGION DE HONOR PARA SU DIRECTOR

En la Exposición de Paris de 1888.

CHOCOLATES SUPERIORES

ACREDITADOS CAFÉS

BOMBONES DE CREMA Y PRALINE

Depósito general: MAYOR, 18 y 20.—Sucursal, MONTERA, 8, Madrid.

MANUAL DE LA COCINERA ESPAÑOLA Y AMERICANA

La Casa editorial de los señores Escibano y Echevarría acaba de publicar este Manual, que comprende con la mayor claridad y bastante extension todo lo que se refiere al arte culinario.

Su precio es el de 1 peseta en Madrid, y 1,25 en provincias. Los pedidos pueden dirigirse á dichos señores, Plaza del Angel, núm. 12, librería.

GRAN BAZAR

DE

ROPAS HECHAS DE MILITAR

Único en España.

También se confeccionan á medida toda clase de prendas en veinticuatro horas.—Equipos completos para las Academias, se remiten á provincias.

MORENO

Carrera de San Francisco, 11, Madrid.

LA ILUSTRACION NACIONAL

En vista de la favorable acogida que ha tenido esta publicacion, y con el fin de poder servir algunos pedidos que se nos han dirigido, se ha hecho nueva tirada de los números del primero y segundo tomo, que se venden coleccionados.

Constan de 464 y 662 páginas respectivamente, ilustrados con magníficos grabados.

El precio de cada tomo es 30 pesetas el 1.º, y 35 el 2.º.

Puede hacerse el pago abonando dos pesetas mensuales. A los que deseen adquirirlos, y verifiquen el pago al contado ó en dos plazos, se les hará una rebaja de 5 pesetas.

LA AMUEBLADORA

Cuantos muebles sean necesarios para amueblar habitaciones, ya sean modestas ó de lujo, se encontrarán en esta casa, sillas mecedoras de Viena y de nuestra fábrica, á precios módicos. Exportacion á provincias. Catálogos gratis.

LA ILUSTRACION NACIONAL

Esta Empresa, reconocidísima á los constantes favores que desde su fundacion vienen dispensándole sus abonados, está terminando un precioso *Almanaque para el año de 1887*, que regalará á sus suscritores.

A PAGAR EN UN AÑO

Muebles, desde el más modesto hasta el de más lujo, 15 por 100 de rebaja al contado.—Catálogos gratis.

ISABEL LA CATÓLICA, 4

CATALOGO GENERAL ILUSTRADO

DE

INSTRUMENTOS PARA CIENCIAS

De la antigua y acreditada casa de

D. ILDEFONSO SIERRA Y ALONSO

Proveedor de S. M.,

de Facultades de ciencias, Academias militares y civiles, Institutos provinciales y Seminarios.

Este voluminoso Catálogo, de 368 páginas, que abarca 3.785 artículos, é ilustrado con más de 700 grabados, es una preciosa guía para cuantos necesitan adquirir aparatos de Geometría, Cosmografía, Física general, Mecánica, Acústica, Calorimetría, Optica, Magnetismo, Electricidad estática y dinámica, y anatomía clásica.

Este libro se vende en la calle del Lobo, 8 duplicado, al precio de 5 pesetas para Madrid y 6 para provincias.

Se admiten anuncios á precios convencionales; dirigirse al Administrador de esta Revista, **Almirante, número 2 quintuplicado.**

MADRID

DEPÓSITO DE MUEBLES

4, Isabel la Católica, 4.

Inmenso surtido á precios módicos; mecedoras, sillas de Viena y de nuestra fábrica: hay una existencia de 4.000, desde veinte reales. Facilidades para el pago. Exportación á provincias. Catálogos gratis.

TINTURA SIN IGUAL

DEL Dr. BERNET DE BAYONA

Es la mejor tintura progresiva que se conoce. Considérese ilegítima toda la que no lleve en la caja exterior y prospecto la siguiente direccion: Depósito único por mayor y menor en España:

PERFUMERÍA FRERA
1, Cármen, 1, Madrid.

CHIFLADURAS

SOBRE LA NAVEGACION AEREA

POR D. J. F. MARIN

Este original folleto se vende al precio de dos pesetas en las principales librerías, y para los suscritores de LA ILUSTRACION NACIONAL al de una peseta, en la Administracion del periódico, Almirante, 2 quintuplicado, bajo.

SOBRECUBIERTA

Dicen que eso del tercer partido no cuaja, que hay «rumores de orden público,» según dicen algunos periódicos; de desorden público los culparán yo.

Añaden que suben los fondos públicos, y es verdad; y que han de continuar subiendo.

Como decía un hacendista con la taleguilla rota y los codos en libertad:

—Tenemos asegurado el cupon.

Y otro del gremio objetaba:

—Dijeras mejor que nosotros le tenemos cortado.

De eso del tercer partido, lo más notable es el título, porque revela suma modestia.

Pudieron denominarle los afiliados: «El primer partido» y no lo han hecho.

Eso de «tercer partido» revela que los constituyentes tampoco llevan su modestia al extremo de colocarse los últimos en el mundo de la política.

El vulgo supondría, equivocadamente, que el partido en borrador ó feto de partido (sin alusión á los contrayentes), era, por lo ménos, el octavo, sin incluir fracciones de partido.

Es verdad que de esos hay tres fuera de la legalidad y otro fuera de puertas.

Fuera de la legalidad: carlistas, posibilistas y coalicionistas republicanos.

Fuera de puertas, ó fuera de juego, ó fuera de este mundo: el partido moderado.

Però viven, aunque cesantes, los conservadores-liberales, los liberales-fusionistas, y la izquierda liberal.

El tres es mal número.

Es número «primo» y «hacer el tres» es una desgracia ridícula, que también las hay.

Però á juzgar por la lista de la compañía, el partido número tres «ha de hacer buena campaña,» como decimos ahora de algunas compañías teatrales.

Y, continuando en el lenguaje teatral, ha de figurar en los carteles durante muchos días.

Para satisfacer las vanidades de los artistas, me parece suficiente eso de «figurar,» aunque no sea más que en los carteles.

Un filósofo á quien yo visito de vez en cuando, para no contagiarme, reflexionando sobre el tercer partido, opinaba:

—O cuentan con pocas personas los consocios fundadores, ó no habrá país para colocar á tantas fracciones coligadas.

Las Córtes han abierto sus puertas.

Era el único establecimiento en que no se había inaugurado la temporada.

Y hasta ahora va bien.

Es verdad que no puede juzgarse, en las primeras tardes, del éxito de la campaña.

Obras de repertorio y estrenos, no han de escasear.

Tampoco va mal el teatro de la Opera.

Gayarre, ese tenor que vale por sí solo un cuarto partido, ha llegado á tiempo.

El público le esperaba con ansiedad, y no digo con impaciencia, porque oyó un *Mignon* que no conservaba aire de familia siquiera.

Era un *Mignon*, de aquellos mozos aragoneses tan famosos.

Ha de haber de todo en este mundo.

Por eso hay prestamistas y sacamuelas trashumantes.

De tiempo en tiempo se presenta un dentista bajo su palabra, que marcha en carretela abierta, rodeado de banderas nacionales.

Otras veces es un químico especialista para quitar manchas sin dolor, ó pegar porcelana ó recortar cristales sin necesidad de maestro.

Aparece alguno de esos personajes como los cometas.

Hay quien supone que son pájaros de mal agüero.

Casi todos ellos son cradores; unos en castellano; otros en idioma cruzado de español y extranjero.

Però todos usan la bandera nacional.

Como que «lo que hay en España es de los españoles,» según un principio de derecho mostrenco, muy conocido y muy celebrado por los españoles que «nada tienen que hacer.»

Comprendo que se emplease la bandera con los colores nacionales en ocasiones más serias, y cuando los fines son verdaderamente patrióticos.

Però en carruaje de sacamuelas transeunte ó quitamanchas, no comprendo las banderas.

Si acaso, las banderillas.

Después de esto y de comunicar á ustedes la noticia de la subida de los valores públicos, nada tengo que añadir.

Cuidado, que esa subida de la Bolsa tiene cavilosa á mucha gente.

Hay quien, confiando en triplicar ó cuadruplicar su capital, se resiste á vender unas cuantas manos de papel de periódicos.

Yo conozco á varios.

Por eso, indudablemente, preguntan con frecuencia:

—¿Cómo quedó anoche la Bolsa?

Por no tener, no tiene ni una cuba.

EDUARDO DE PALACIO.

MODAS



1. GABANCITO PARA NIÑO DE SEIS Á OCHO AÑOS.—Este gabancito medio ajustado, tanto por delante como por detrás, es de paño gris azulado, cruza por delante y está adornado en el lado derecho con una tira de piel formando solapa. Cuello alto, carteras de bolsillos y bocamangas de piel.

2. PALETOT CON CAPUCHÓN.—Este paletot es cruzado por delante, y abotonado trasversalmente desde el hombro hasta la cintura; la falda del paletot está plegada y fruncida por detrás, y tiene 45 centímetros de anchura. Cinturón de pasamanería cerrado con grandes botones. El capuchón es de la misma tela que el paletot. Cuello-vuelto y puños de pasamanería.

3. TRAJE CON BANDA PLEGADA.—Este vestido es de lana azul, y está adornado con tela á cuadros azules y rojos, cortada al biés y colocada formando un ribete en la falda y unos tirantes en el cuerpo.

La falda tiene 36 centímetros de alta, y el biés cuatro centímetros de ancho. La banda plegada tiene dos metros de larga y 35 centímetros de ancha, y está anudada por detrás.

4. VESTIDO CON BERTA.—Falda de popelina, color azul claro, adornada con tiras de terciopelo azul oscuro de 5 centímetros de ancho, cosidas entre los pliegues. Las mangas son huecas y la berta es de terciopelo azul oscuro; forma por delante y por detrás dos

picos de 7 centímetros de longitud. Lazo de cinta en el hombro y en la cintura.

5. TRAJE DE BLUSA.—Este traje es todo él de Jersey, color azul oscuro; el pantalón, que es cortito, está adornado con botones dorados y ceñido por un elástico; va abotonado á un cuerpo de debajo, hecho del mismo tejido, pero á rayas azules y blancas. La blusa abierta, formando escote cuadrado, cruza por delante y va cerrada con dos hileras de botones dorados. Cuello marinero. Las carteras de los bolsillos y las vueltas de las mangas tienen 5 centímetros de ancho.

IMP. DE RUBIÑOS, PLAZA DE LA PAJA, 7 BIS.